

*Latidos  
en la  
Hojarasca*

Magdalena Abad Rodas

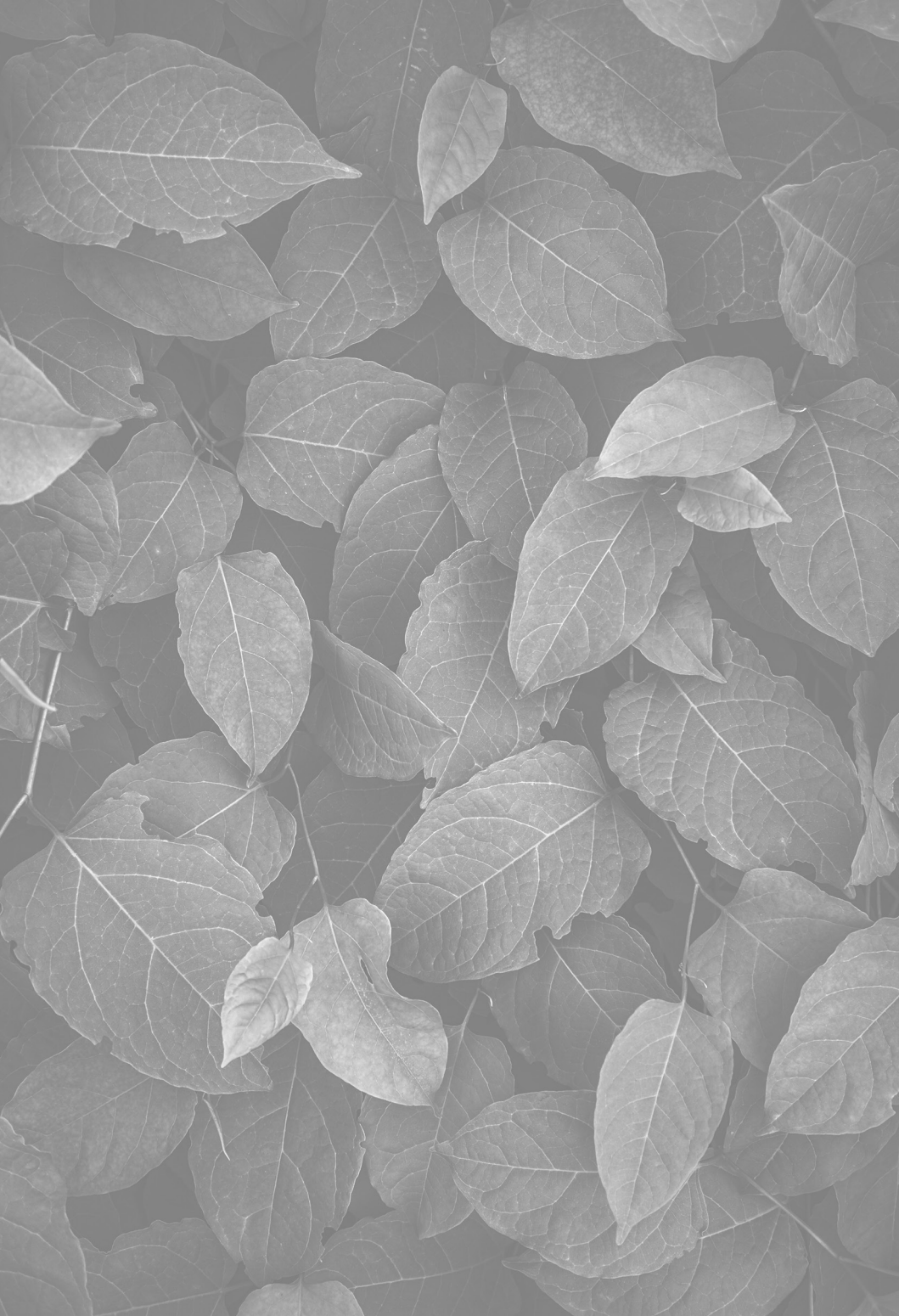


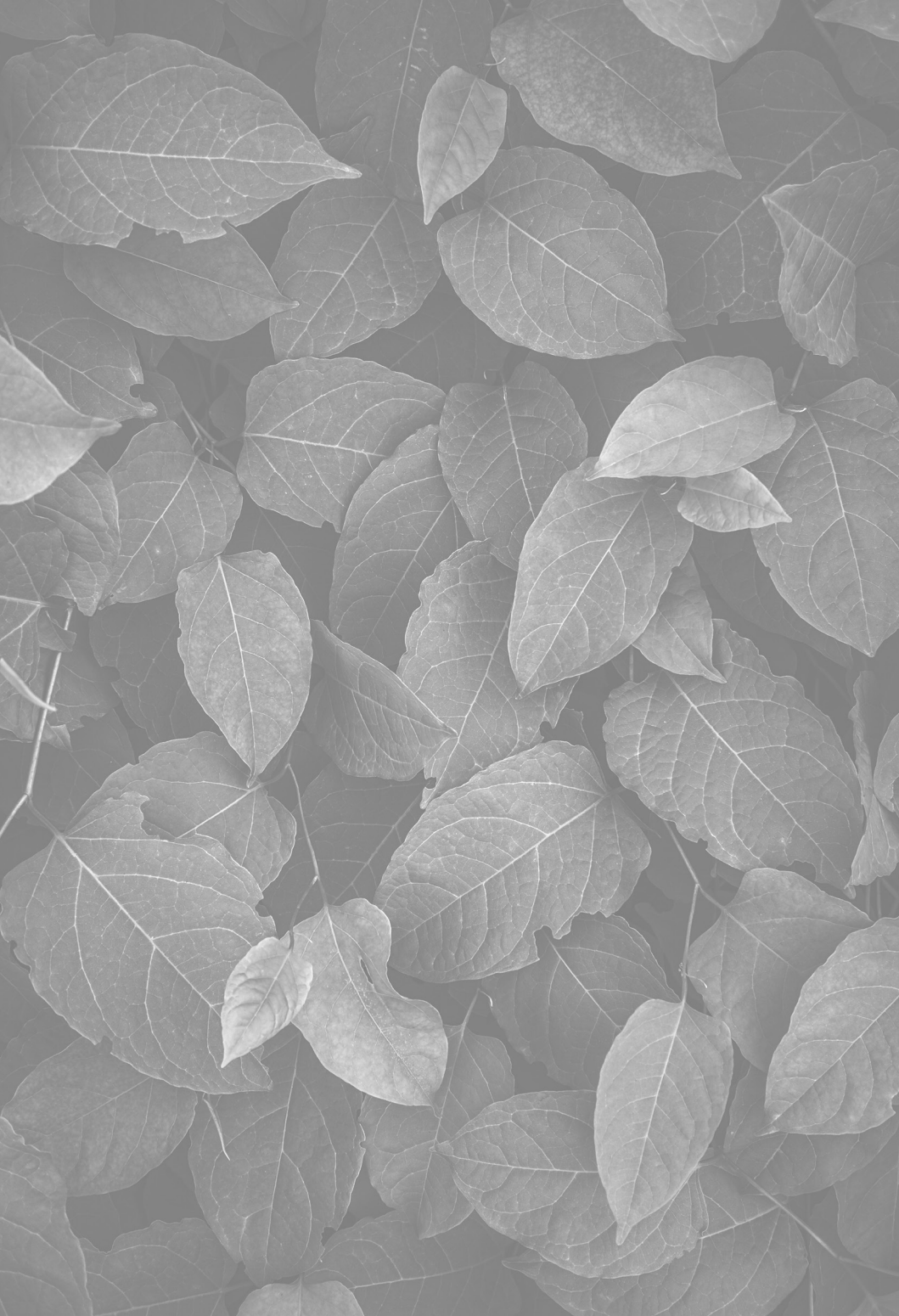
### **Magdalena Abad Rodas**

Nació en Cuenca el 31 de agosto de 1955, integrante de una familia numerosa. Sus estudios primarios y secundarios los realizó en el colegio Rosa de Jesús Cordero, donde vivió su primera experiencia como docente en las asignaturas de Biología y Educación para la Salud, al mismo tiempo que iniciaba sus estudios en la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca.

Realizó sus prácticas médicas en el Hospital Vicente Corral Moscoso de Cuenca y posteriormente cumplió su año de medicatura rural en el Hospital de Macas, en la provincia de Morona Santiago. Fue médica residente en el Hospital del Seguro Social de Cuenca y, más adelante, ejerció su profesión como médica tratante en el colegio La Asunción, en la Escuela Inmaculada y en la Universidad del Azuay, hasta su jubilación.

Actualmente reside en la ciudad de Gualaceo, donde dedica gran parte de su tiempo al arte del bonsái, al cuidado de su jardín y a la escritura.





*Latidos*  
*en la*  
*Hojarasca*

*Latidos en la Hojarasca*

© del texto Magdalena Abad Rodas, 2026

© de esta edición Casa Editora. Universidad del Azuay, 2026

ISBN: 978-9942-54-050-8

e-ISBN: 978-9942-54-051-5

EPUB: 978-9942-54-052-2

Diseño y diagramación: Juan González Calle

Corrección de estilo: Camila Peña

Revisor par: Fabián Guapisaca Juca, Marco Palacios Quezada

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

---

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga

Rector

Genoveva Malo Toral

Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni

Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi

Directora de la Casa Editora

---

Universidad del Azuay

Av. 24 de Mayo 7-77 y Hernán Malo

[www.uazuay.edu.ec](http://www.uazuay.edu.ec)

(+593 7) 409 1000

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.*

*Cuenca - Ecuador, 2026*

*Latidos*  
*en la*  
*Hojarasca*

**Magdalena Abad Rodas**



**UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY**

Casa   
Editora



## LOS RITMOS DEL CORAZÓN DE MAGDALENA ABAD RODAS

La sinceridad. La sinceridad es poesía. Es la única forma de plantear la poesía como el zumo de la existencia. Sin sinceridad, lo artificial se enreda en sus propios matorrales que han crecido sin concierto. Tentaculares, imparables. La sinceridad ¿puede a veces contra el conocimiento? Eso es indudable. Las prácticas de enfermería más sapienciales y acertadas son las que hurgan en la herida en busca del mal ahí empotrado y no siempre, es más, casi nunca siguen un recetario. La sinceridad es cura, como lo es la poesía. Por lo tanto, la poesía es enfermería. Del alma. Del ojo. Del pasado. Porque este libro está encajado en un pasado. Todo dolor es el pasado en resumen. Es el pasado traído a nuestro entorno. No hay alternativa. Si nos duele algo, es porque la vida trata de recordarnos alguna cosa. Algo así decía Paracelso. Es el pasado que raspa desde dentro. El pasado que quiere salir.

Magdalena Abad Rodas nos trae en este libro, como lo ha hecho con anterioridad, la confesión de una persona hospitalizada en estado grave. Son visiones que expresa para solidarizarse con el mundo y con su propia situación, en las que compara lo que les pasa a otros pacientes con lo que le pasa a ella misma, inclinándose con frecuencia por escoger, entre el ajeno y el propio, el dolor que les pasa a los otros, que, paradójicamente, no es cura de nada y solo

duele más. Esa empatía que nos transmite provoca que, con una pulcra e intensa narrativa, nos inmerjamos en las honduras de la humanidad, prestos a atender a los demás. Su vocación natural es la de todos. Somos jardineros por excelencia. Somos también enfermeros.

*Sístole y diástole* hace referencia al ritmo del corazón, por supuesto que también a sus problemas cuando estos pierden el compás. En esta inquietante obra, Magui Abad nos muestra a una persona, que podría ser ella y podría ser cualquiera (tú, ella, nosotros, aquellos, yo), que vuelve a una dizque normalidad, o al intento por retomarla. Predomina la idea de que “Nunca me imaginé...” que las situaciones tomaran esa vertiente, que olieran de tal o cual manera, que significaran esto o aquello, que se vieran con aquel o este matiz. En eso, las contracciones cardíacas naturales, que nos permiten percibir al mundo y sus alrededores, son tumbos y retumbos que acoquinan y causan jaquecas o golpecitos que apenas se sienten. Esa contracción o aumento y disminución del latido del corazón cambia nuestra percepción. Nos hace, sin querer, artistas de la vida. Ese novísimo ritmo es el que aplican los danzantes o los músicos para descomponer el sonido habitual o la forma de andar común y volverlas arte. Cuando estamos ante un espectáculo sin precedentes, no siempre nos percatamos que estamos frente a una anomalía que tiene como objetivo que lo circundante se acople a ella, y no al revés. Abad Rodas parecería haber captado esta signatura universal, aunque, diríase luego de un par de lecturas, con la suficiente capacidad para restarle lo ceremonioso y dotarle, por el contrario, de un

sentido sintáctico, de la sencillez que la vida demanda. Y si la vida demanda sencillez, la literatura también.

Inscrito en el mejor autoanálisis clínico literario, este libro, que raya con el confesionario, nos conmueve desde sus primeras palabras. Una de las condiciones de obra de esta laya es que no solo son confesionales, no solo nos transmiten el dolor, sino que nos lega varias frases contundentes y positivas que, indistintamente de lo que le ocurra a quien narra la historia, edifican al humano, le dan un sentido de soberanía sobre el entorno. Sin duda que el horror y el dolor han forjado al hombre desde épocas remotas y lo han tornado en un ser que, tras cada generación, adquiere nuevas dosis de divinidad. Si lo observamos desde cierta perspectiva, es evidente que el Hacedor sufre a cada instante por los derroches de vida que desperdigamos de manera infame por el camino. Hay máximas, entonces, ineludibles que prefiero dejarlas para la sorpresa del lector. Esa intensidad, que a ratos me remontó a obras como *El nadador en el mar secreto*, de William Kotzwinkle, o a las confesiones, terribles y hermosas a la vez (como lo son las de este libro), de Svetlana Alexiévich en *Voces de Chernóbil*. Aunque disten una de otra las obras antedichas, estos latidos de Abad Rodas sirven como vínculo, las unen, ya que poseen un poco de ambas, y de tantas otras que hermocean nuestras jornadas.

Debo confesar que lo que más me ha conmovido, y por lo tanto sorprendido, de este libro, es que cada capítulo parecería tener vida propia; autonomía, si se quiere. Cada capítulo es sentencioso y tiene la

capacidad de destruirnos por dentro. Esa es otra forma de reconstruir una vida, el ir paso a paso, la ausencia de prisa, casi como si se tratara de un duelo, del duelo del mentado Kotzwinkle o el de Francisco Umbral en el desasosegante *Muerte y rosa*, con la salvedad exclusiva de que en este caso no estamos preparándonos para la aceptación de lo inevitable, como es la muerte, sino para volver a lo inevitable, como es la vida.

Al haber transitado esta vida en la curandería, al haber visto los avances médicos y recordar que la mayor sanación está en hacer del ambiente el lugar del recreo de la humanidad, Magdalena Abad nos ofrece este fresco de recuperación emocional que no nos costará leer y sí desprendernos de sus páginas. Y es que, cuando la psicóloga la trata, en procura de que el silencio no devore a nuestra heroína, sabemos que “la vida simplemente es más pequeña que los sueños”, a menos que se trate de los sueños impropios, que, en cambio, son inabarcables, como la vida misma, o como el escribir para, de esta manera mágica, entre estos conjuros, ahuyentar a la muerte.

Este libro y su autora lo que celebran es la vida. Y ese es un gesto literario porque es un gesto de cualquier mortal.

CARLOS VÁSCONEZ

Sin saber, ni siquiera atisbar cuál sería nuestro camino hacia el final. Muchos dirán que ojalá llegue así, sin avisos: uno feliz, visto y no visto. Otros, como yo misma, hablamos y soñamos con la conciencia dilatada, valorando cada instante-tiempo para “ponernos en orden”, para merecer el paso definitivo que nos liberará de tanto (...), a veces arriesgado, otras sutil, siempre certero en nuestra búsqueda de autoconocimiento, de que la vida mereció su excelso nombre: vida.

Y llega Magui a tomarnos de la mano, a acompañarnos en ese tránsito irreductible con maestría y excelsa profundidad, con belleza reconciliadora, pero también con descarnada realidad plagada de tensiones y sueños inconclusos... Un ser que, desde su profesión antigua, ha pasado su vida basada en la comprensión, al lado de quien la precisa.

Es difícil —mucho— hacerse coraza ante el sufrimiento ajeno. No todos los médicos son capaces de mirar a los ojos de quien está buscando esperanza; se parapetan en rimbombantes diagnósticos, recetas, papeles, con tal de evitar la angustia del que ve cercana su partida, del que solo quiere una mirada limpia certera y, sobre todo, compasiva.

Magui es así: narra esos momentos con la delicadeza de quien nos cuenta por dónde ha transitado, ya no como profesional, sino como paciente aturdida ante la

gran incógnita, y vence una vez más. Su sensibilidad es exquisita al hacernos partícipes de su trayecto a oscuras porque no habla de una sola mirada de los sanitarios, de un cálido tomar de la mano, de un intento de paliar la muerte... Sí, cumplen con su trabajo; sí, curan, inyectan. Aunque pareciera que huyen de lo más real y necesario: humanidad.

Gracias, Magui, por hacernos ver que en esos momentos de trascendencia justo eso es lo que precisamos: una mirada, una mano, una ternura, también, que alivie el dolor.

Clarividente escrito, literatura desde el alma...

Y aquí estás, vencedora de tanta oscuridad incierta, volviendo a caminar, que es lo mismo que volviendo a mirar, desde ahí, desde el corazón ardiente.

La escritura de Magui Abad, cada vez más fluida, más profunda, más sensorial, con delicadeza pero también con exigencia, nos conduce por un insondable camino de una mujer —ella— que narra sin pudor y también sin morbo.

Tránsito entre tinieblas, que nos recuerda a Saramago, por severos obstáculos, pero a la vez humanamente cercanos: el vecino avanzando a tientas por el delirio final, el observar olvidando o, más bien, sumando a su propia incertidumbre la de otros.

Late en este libro su maestría al narrar, apoyada en su experiencia, que es vital porque habla de ese maravilloso regalo que se nos da. Sí, ese regalo temporal, preámbulo de lo desconocido.

Magui es médico humanista y, en su actual etapa como escritora, no deja de lado la excelencia de su saber.

Enseñanza, por tanto, doble: tenemos de nuestro lado a una escritora afinada honesta y clara, de las escritoras profundas y, a la vez, transparentes en la comprensión.

Gracias, Magui  
PILAR TORDERA SÁEZ



*“El arte de escribir es una herida hecha luz”.*

GEORGES BRAQUE

Luego de un prolongado letargo, miro a una mujer, en la cama vecina, rezar repetidas avemarías con prontitud, sosteniendo entre sus manos un rosario desgastado. Es el mes de mayo. Son tiempos de devoción y recogimiento, como aquellos de la infancia, cuando orábamos todos los días y los sábados acudíamos a misa. Después, en procesión y tirando pétalos de flores, recorríamos las calles del barrio La Merced, donde nací y viví mi juventud.

Nunca me imaginé que, muchos años después de ejercer el oficio de la medicina, terminaría en una cama de hospital con pronóstico reservado. Había dedicado mi vida a escuchar los lamentos y quejidos en que diluían sus penas los pacientes, como si buscaran la sanación entre la tristeza y los silencios.

Un seis de mayo volví a abrir mis ojos, a ver la luz, a vivir otra vez.



Se muere la tarde y la lucidez del insomnio me invade. Aprendo a respirar; me reconcilio con el aire para abrazarlo, para no dejarlo ir de mi lado y envolverme con él. Las noches se me hacen largas: repaso los años como átomos que reinician la vida, para no ahogarme en los engaños ni en la desilusión.

Somos seres de cristal, en un tris nos hacemos pedazos.

Un proceso aparentemente sencillo como el respirar se vuelve difícil cuando estás extenuada y el mundo de los miedos se confabula, te atrapa y te embarra, hasta que poco a poco lavas ese extraño aturdimiento que se siente como una embriaguez envuelta en soledades. La enfermedad, instalada en tu cuerpo, te entristece: sabes que pierdes la batalla contra la muerte, estás cercada por ella; esa es la certeza con que se presenta cada día.

Me duelen los huesos, se vuelven pesados y duros sin serlo, la sangre parece densa. Me invade la angustia y me intranquilizo mientras siento que el celofán de la muerte roza mi piel y el pasado me alcanza. Llevo enmarañado el dolor de mi hijo en el pecho. Solo me hablan mis muertos: mi hijo y su sonrisa; mis padres están conmigo, me ayudan a respirar, a transitar al borde de esta orilla. ¡Cuántos y cuántas resucitan dentro

de mí! Siento que el corazón bombea lentamente, mientras recuerdo las postales escritas a mano que mi hijo me enviaba desde Alemania. Repaso sus besos, sus abrazos, sus gracias y juegos, y tantos saludos diciéndome que me quiere harto.

Pero hay un desfile inacabable de mascaradas y espíritus alados, un tucumán resbaladizo del tiempo desmadejado en quimeras, ilusiones y desencantos, hasta ser polvo que flota entre el recuerdo y el olvido. Somos una multitud de presentes distintos, registros humanos similares y divergentes; somos encuentros y desencuentros en una eterna celebración de instantes, hasta vaciarlos de existencia.

Avanzamos sin cartas de navegación hacia las fauces de la muerte. Experiencias de pérdidas y olvidos, guardadas en uno mismo, nos acompañan, empeñadas en la construcción y deconstrucción de ese ser profundo que no nos deja y que nunca se ausenta, aunque el quebranto lo debilite.

Se dice que el tiempo es el hijo de la verdad y también de la curación, pero se hace largo cuando, en temprana edad, se pierde lo más preciado. La orfandad es un vacío intransferible que dejan las ausencias, y mis hijos aún no pueden dimensionar el dolor y la soledad que se sienten cuando enterramos a nuestros padres.

Me sumerjo en estados contemplativos donde el silencio, vestido con un traje transparente y barba blanca rizada, me escucha. Debe ser el Padre Eterno quien me invita a su regazo en medio de una orfandad manifiesta.

Mi cuerpo se desarrolló en la matriz de mi madre hasta el sexto mes, de tal manera que el crecimiento de mis músculos y de mi piel fue incipiente, proclive a enfermedades dermatológicas y sensibilidades absurdas.

Ahora que he descendido a la oscuridad y he apegado mi piel contra la muerte, me acompañan, por momentos, destellos de luz; me laten las sienas como un bombo y, a veces, como un débil tambor. Entonces mojo mis labios y siento mi aliento. El aroma y la humedad de la tierra me llegan a la boca.



No podía pedirle más a la vida, me ha regalado tanto... Vivía agradecida y creía tenerlo todo, pero, un día cualquiera, ¡todo cambia!

Me causó sorpresa el extraño cansancio que empecé a sentir al nadar, deporte que practicaba casi todos los días y que disfrutaba mucho. Al comienzo creí que tenía algún virus, pero notaba que mi salud se deterioraba. Reconociendo la carga genética de los problemas cardiovasculares de la familia —hipertensión y dislipidemia—, sumada a la buena mesa, supe, desde que estudiaba medicina, la importancia del ejercicio; por eso, me empeñaba en nadar con frecuencia, convencida de que podría prevenir el infarto. Sin embargo, el caudal arterial de mi tejido circulatorio erupcionó, instalándome en la antesala de la muerte, en el cuarto de las despedidas y los adioses.

Es curioso cómo nos barre la escoba del tiempo: nadie se escapa de su paso ni de su peso. Mueren los padres, el vecino del barrio, el sastre, la costurera; el médico de la infancia ya no está. La vida se desdibuja, se repliega en recuerdos que se evaporan en forma de llovizna, bruma o noche oscura. Desgarradora ignorancia, la de querer vivir de largo.

Una semana antes, fui a casa de mi amado hijo Joaquín con la idea de acurrucarme en la cama junto a mis nietos y dormirme con ellos mientras les leía un cuento, sin saber que al poco tiempo de llegar algo me impediría respirar y me invadiría la imperiosa necesidad de aire, mientras presagiaba el final. De un momento a otro, un sudor intenso cubrió mi cuerpo y me obligó a sacarme toda la ropa, quedándome desnuda para que nada me impidiera la aspiración que tanto necesitaba.

En esa crítica situación, en esa hora dorada en la que los segundos son sagrados porque la vida y la muerte se reflejan en un solo espejo, la presencia de un ángel guardián a mi lado me sostuvo y, sin cansancio alguno, hizo lo imposible por orillarme al otro lado de la creciente y permitirme seguir respirando, soñando, acariciando.

Mientras esto sucedía, Consuelo, con su mente ágil y decidida, en una valiente actitud —quizá conmovida por la certeza de mi muerte, que ya no tenía prórroga—, tomó la batuta y gestionó una ambulancia para trasladarme al centro médico más cercano. La fuerza del cariño y esa energía sin par llegaron a las fibras de mi angustiado corazón, y solo allí su mano dejó de sostenerme. La bendigo por ser mujer como yo, madre como yo, por amar incondicionalmente como yo. La orfandad duele, el vacío y la soledad sentidos en edades tempranas nunca se van del todo, caminan con nosotros. Intuyo que no quería eso para su esposo.

Consuelo narra, asombrada, que mientras esperábamos la ambulancia, Fausto sacó del bolsillo una jeringa que introdujo en mi pecho y, como por arte

de magia, mi corazón pudo latir un poco más. Fue un episodio que se quedó grabado en su memoria como la reacción de un ser cargado de amor. Ahora sé que el último pedido de mi esposo a los colegas —a pesar de su oposición— fue que intentaran entubarme y conectarme al respirador. Así confirmé que “si el dolor ajeno no te duele, no sabes lo que es el amor”.

El tiempo se detuvo, no tenía la menor idea del reloj, de sus horas y segundos: una amnesia temporal de casi dos semanas. No sé en dónde se suspendió mi mente ni en dónde se posó mi alma errante, que, con agilidad impresionante, transitaba de lo irreal a lo real. Soñaba con los espíritus de los que se fueron, pisaba tierra desvanecida, islas solitarias en reposo y descanso. Pero me invadían la angustia y el desespero; se acrecentaban mis manías entre el temor y ese murmullo indescifrable que revoloteaba en mis oídos y no me dejaba en paz.



Desperté, quince días después, en otra sala, engullida en una telaraña de cables. Allí ya no estaban aquellas máquinas ruidosas que no me dejaban descansar, aunque, a veces, los ojos se me cerraban a pesar de su tedioso y monótono sonido. Entonces, por instantes, podía sentir un suave algodón que envolvía y arrullaba mis sentidos. Era una bipolaridad manifiesta, propia de quien está muerta y viva al mismo tiempo, como yo entonces.

Trabajar en estos espacios es una labor ardua, la esfera en la que la línea entre la vida y la muerte se adelgaza, se arranca. Es necesario olvidarse de uno mismo para poder hacerlo, para estar pendiente cuando ese haz de luz tan efímero se asoma o se disuelve. Esto lo sabía bien, recorrí estos mismos pasillos como médico residente.

En cada respiro se agolpa el hambre de memoria, mientras el aire delinea las ausencias: familiares itinerantes, inquilinos del corazón, no están, se han ido.

Mas uno está atenta a todo y la memoria se agranda, deslizándose suavemente como una tenue visión. Mientras tanto, el espectro de luz de la conciencia se amplifica en medio de la oscuridad interior de esos días, que nos muestra y estrecha aún más nuestra corta existencia.

Trato de dormir y no puedo, solo observo la rígida silueta de los colchones vacíos. Floto sobre cadáveres, segundos después navego en carabelas en un mar desconocido usando un sombrero alón. Luego, con papel, lápiz y unos manuscritos borrados, el viento salpica arena sobre las páginas en blanco y me alcanza la cara, desvaneciendo el ya escaso catálogo de recuerdos.

Vivo en el pasado, con un presente amnésico. No sé la fecha del calendario, pero permanezco siempre atenta a quienes todavía me quieren y preguntan por mí, aunque ese interrogatorio diario no tiene respuesta de mi parte.

Acto seguido me prescriben los antipsicóticos y todo revolotea. En estos altibajos de ansiedad y tristeza que aceleran mi despedida, el mundo de los psicofármacos despierta pesadillas geométricas. Gérmenes moribundos bajo mi piel piden auxilio; insectos de arañas caídos; cuellos torcidos que yacen entre mis manos; organismos que se devoran, se desvanecen. Gárgolas que me sonríen, se reproducen, mueren, resucitan, se transforman. Fértil tierra contra sangre y fuego arremete frente a la muerte.

Acuesto mi cabeza sobre la almohada, en dócil estado de aletargamiento, mirando, siempre mirando, y escuchando ese tormentoso sonido de la gota de agua de un grifo que invade mis adentros.

La anestesia y el fentanilo me dan la certeza de que algo en mí ha muerto, mi pelo se vuelve engominado porque una laca rojiza lo cubrió de un momento a otro.

Trato de dormir y no puedo, junto a mí están dos cadáveres. Ya nadie me mira, ya no existen los afectos. Tengo frío, mucho frío y no tengo hambre. Quiero las manos de alguien para sostenerme, pero me topo con las barras niqueladas y frías de una cama.

Cuando por fin mi mente está en silencio, de mi amplificadora cabeza brotan nuevamente abundantes palabras; se llena de ellas. Tiritando de frío, echo de menos a la Ñusta, mi gatita; la busco entre sombras y ensueños mezclados, huyendo de un jabalí de dientes filudos y ojos hambrientos. Me vuelvo hacia el otro lado y otra pesadilla se activa, y lo peor: nadie viene a salvarme. Sé que es producto del fentanilo administrado para que no chiste; curiosamente me desvanezco, pero no duermo. Solo los muertos me ayudan a salir de estos submundos de locura.

Entonces me acurruco y cubro mi cabeza con una sábana húmeda. Busco otras rutas, otros episodios más livianos. Anhele un mundo sin traumas y mangueras de oxígeno; un universo en donde solo quepan las caricias y el preciosismo de las palabras, en donde se respeten los silencios, se purifique el anonimato, donde no existan las vergüenzas y se de paso al zigzag de los perdones.

Llevo en mi caudal sanguíneo el carburante de la vida, entregado por seres que generosamente compartieron sus genes, sus glóbulos rojos para que inunden mis venas y pueda latir en mí la vida, incluso luego de haber estado ante el misterio de la muerte. Es una corriente renovada para caminar más libre y más liviana.



La fuerza primordial de la vida, el aire, fue esquiva y mis pulmones se llenaron de la vertiente líquida de mi cuerpo. Mi corazón no quiso caminar de nuevo. Aquí empezó otra batalla contra el tiempo.

En las afueras, mi gente, mi familia y mis amigos estaban pendientes de las noticias, con la fe temblorosa y la esperanza diluida entre las sombras. Imagino su incertidumbre en esas interminables horas en una fría banca de hospital, ante la amenaza de una pérdida. Los colegas, con sus batas blancas, sin palabras y seguros del desenlace, no miraban de frente a mis angustiados familiares que esperaban algún signo, alguna respuesta esperanzadora.

Hoy la cabeza me da vueltas. Mis pensamientos se atorán, suspiro y me abandono al sentimiento de gratitud que me sostiene. Pienso en las cadenas de oración de mis amigas sinceras; en las velas encendidas cuya flama, a veces, se extinguía presagiando la muerte; en las súplicas de mis hijos y de mi familia para que la Magui volviera a vivir, a reír, a soñar los viejos sueños, a reencontrarse con los suyos en un abrazo grande, redondo, prolongado hasta estallar en lágrimas. Yo, la sobreviviente, la renacida, caminando despacio entre

tinieblas, en búsqueda de un haz de luz que ilumine mis pisadas.

Algo recuerdo de ciertos episodios que me impactaron profundamente, como las camillas, con sus ruedas raídas, que se desplazaban rápidamente llevando muy bien empaquetado al vecino de cuarto que murió. Ese mismo día pude ver a otro paciente, envuelto por un señor calvo y gordo que había desarrollado una habilidad extraordinaria para cumplir con este menester. Esta tarea solo puede hacerse con diligencia, porque ese espacio es necesario para un doliente de menor edad que requiera de urgencia de los mismos cuidados y quizá con mejor pronóstico.

Allí la luz siempre era intensa, las lámparas de neón blanqueaban las esquinas y ese pitillo enloquecedor de las máquinas se mezclaba con sonidos de los más variados, con un lenguaje más difícil de entender que el cacareo de las gallinas cuando ponen huevos o la disputa de dos gallos variopintos por ser el jefe del corral. Era imposible cerrar los ojos, más aún cuando desfiló un tercer bulto. Estos acontecimientos me mantenían despierta y con la mirada perdida en el horizonte.

Al lado derecho estaba don Anselmo, así le llamaban las enfermeras. No pude conocerlo porque una línea horizontal me impedía ver su rostro; pero, cada que alguien pasaba se quejaba y le preguntaba: —Señorita..., señorita, ¿moriré mañana? Ellas, pendientes de casos más graves, respondían: —Mañana, don Anselmo, mañana. Entiendo que había

estado ingresado algunos días antes de mi llegada, pero esa era su pregunta cotidiana y la preocupación diaria de mi compañero de UCI, que recibía siempre la misma respuesta: «Mañana..., mañana».

El jocosos don Anselmo, que, a sus noventa y tantos años, no paraba de invitar a su lecho a las jóvenes auxiliares, les pedía un poquito de compañía cercana; como ya iba a morir, decía, ¡qué más daba que le hicieran un favorcito! Sus argumentos eran que parecía turco, pero que olía muy bien, y que, como no estaba seguro de que hubiera cielo, de todos modos se iría al infierno —porque eso sí existía— por los recurrentes episodios de infidelidad que había cometido en vida. Así pasaron los días, hasta que, una noche cualquiera, en su cama apareció otro paciente.

Mi vecino era fuerte como un rinoceronte; con seguridad, ya descubrió su camino y está en la eternidad. Mientras yo, gata acorralada por el puma de la muerte, sentía que no tenía escapatoria. Ya no lloraba, se me había acabado el sabor de las lágrimas y mi pena había desaparecido como pólvora de castillo en una noche de Corpus, que va consumiéndose hasta ser apenas chispas, destellos efímeros de vida.

En mis adentros, a menudo me asaltaba la idea de mi partida, pero no me daba miedo. Sabía que mi Oso estaba arriba entre las nubes, esperándome con los brazos abiertos.

Confieso que extrañé a mi don Anselmo. Mi compañero en la escalada de la muerte ascendió más pronto a la cima inesperada de los silencios. Su

recuerdo me alegraba mientras escuchaba la música suave y dulce de Sinatra que mi hijo Joaquín, tratando en todo momento de amortiguar mi dolor, me regaló. Las melodías me permitían volver a soñar, sumergida en la estación de las horas y de las despedidas, también atravesar más suavemente el callejón de los recuerdos, para quizá volver a sonreír, para no irme antes de hora.

Por momentos, me preguntaba dónde estaba mi familia, cuánto lamento los ajetreos y preocupaciones que les causé, ahora que sé de la infinita desesperación de mi hija María Virginia, del silencio sin nombre de mi hijo Joaquín y de los sentimientos tan tristes de mi esposo Fausto ante mi posible partida. Seguramente no encontraban postura en esas frías bancas, amenazados por la noticia que trae la muerte, con suspiros entrecortados entre la fe, la esperanza y las secuelas de un posible e inesperado deceso.

Cuando, hace algunos años, trajinaba en estos espacios, escuchaba las quejas y lamentos de los pacientes, porque comprendía que así empezaban a diluir sus penas y los fármacos actuaban mejor sobre ese sustrato llamado tranquilidad. Ahora, en cambio, no hay quejas: los pacientes somos seres anónimos y los colegas, como fantasmas, tecnohumanos o robots caminantes con guantes, mandil y mascarillas, se convierten en extraños que jamás detienen su mirada en el enfermo.

Doliente y vestida de harapos cual espantapájaros, doy vueltas jugando a las escondidas con la muerte.

Sé que mis hijos no abandonaron a su padre, que vivieron su angustia, el dolor y la impotencia de no poder entrar a verme por respetar las reglas del hospital. Su criterio profesional no tuvo importancia para el personal médico. Hoy no funciona el código de la ética médica: los jóvenes galenos no cultivan la esencial cortesía entre colegas, ni les interesa sufrir en los hospitales del país, sino especializarse en el exterior. Los pacientes son casos sin rostro, sin identidad, seres ajenos, lejanos.



Instalada ya en otro espacio menos bullicioso, me seco de sed, pido una gaza húmeda para irrigar mis labios, pero nunca llega, solo escucho decir: “paciencia, espere un momento”. Mientras tanto, mi lengua acartonada y áspera se pega contra el paladar, me impide hablar y el lenguaje de unos ojos suplicantes está lejos de su entendimiento.

Me callo por horas. No me salen las palabras o, si salen, salen enrarecidas; surgen para armar vidas sueltas, inimaginables, desgranando escenas humanas: ojos de pupilas sin fondo, escamas arrancadas desde el cofre de los sueños, pájaros de huesos desplumados, música muda, labios sonrientes que emergen sin rostros, caras tal vez ya olvidadas. Sueño con sueños soñados.

Quiero un espejo para ver mi cuarteada piel, quiero saber cuántas arrugas más tienen mis mejillas, si se ha hundido o no la cuenca de mis ojos.

Me maravillo con el verdor de las hojas detrás de la ventana de la habitación. Más allá está Gualaceo, pienso, y tal vez cuelguen las enormes chirimoyas hasta el suelo, en una oferta generosa de la tierra para disfrutar de su aroma y saborear su dulzura.

A dos metros de mi cama escucho un abundante chorro de agua, agüita añorada, ahora más que nunca. ¡Qué envidia el baño de los gorriones en la fuente de piedra en el jardín de mi casa! ¡Qué envidia!, ¡Qué suerte tenían ellos! Como nunca, no escucho las voces de los que quiero, ese inolvidable sonido del mar en el crepúsculo.

Mi cansancio es tal que mover un dedo me resulta muy difícil; alzar el brazo, ni se diga. Así, con el cuerpo abatido e inválido, cada mañana me someten a un zarandeo rápido de izquierda a derecha para cambiarme una bata azul, una de esas con tiras que dejan mi espalda desnuda. Yo sin chistar, me mantengo en silencio.

Ya sin emociones, veo —en el sin tiempo en que vivo ahora— a los enfermos que emprenden la retirada hacia lo desconocido, hacia la estancia de donde ya no se regresa. Los nuevos que ingresan no me interesan, así quizá sufro menos. Solo tengo la certeza de la muerte o del retorno al mundo del limbo, donde se espera la estocada final.

Mis obligadas andanzas en la UCI son historias reales, vistas como tras un vidrio transparente, con ciertos chispazos de quimeras que merodean entre las palabras y los ancianos de ojos lechosos por el velo de la edad que me acompañan. Todo me es familiar por medio del dolor: tanta vida acumulada en sus espaldas, viviendo un presente dormido desde que tenemos pasado. Son historiales de duelos perdidos que cargamos. ¿Cómo se olvida? ¿Cómo se llora? ¿Cómo nos hunde el dolor como aperitivos de la muerte!

Después, me cuentan que necesité transfusiones de sangre y paquetes globulares para compensar líquidos y hematíes. Esta pérdida me causó una anemia que todavía me tiene débil y cansada. Al parecer, la sutura de la arteria femoral se debilitó abriéndose la herida y dejó escapar mi sangre, pero mi cuerpo luchó por resistir, por no sucumbir.

Con el paso de los días, despierto en otros espacios rodeada de vidrios por los cuatro costados, en medio de enfermeras ajetreadas que llevan sueros y una hoja larga de anotaciones de la que siempre están pendientes para el reporte médico. También veo a estudiantes con su mirada fija en la laptop, antes que en el rostro del doliente.

Abundan las quejas, no así las expresiones de mejoría de los pacientes, en estos espacios de un mundo sin nombre: puentes entre la vida y la muerte difíciles de cruzar.

Tarareo una canción hacia mis adentros —“el unicornio azul ayer se me perdió”— y sueño con sombras que a menudo me acompañan y me cobijan. No sé cuántos días pasan para que el caudal de mis venas vuelva a fluir, a irrigarse, para retardar el morir y recuperar la libertad para soñar.

Mis labios y su epidermis están tan resecos que imploro por una gaza humedecida; así, las consecuencias serán menores, de lo contrario el pellejo sangrante se desprenderá con mucho dolor y el riesgo de la infección será mayor. Amo como nunca el agua, pienso en los Yasunidos, en la lucha activa de mi hijo Joaquín por mantener las fuentes hídricas, en el cambio

climático, futurizando —en este presente— el agua que me fue negada.

No recuerdo cuántas veces me mueven para el control de temperatura y signos vitales, para la revisión de sondas y sangrado. Me hacen un sinfín de preguntas que interrumpen la posibilidad de un ratito de sueño en medio de la claridad artificial de las lámparas, sin contar con la infiltración de agujas en todo mi cuerpo. Mis venas ya no tienen turgencia, no hay sitio para más pinchazos, y hasta ahora conservo las huellas en mi piel, como si un enjambre de abejas me hubiera atacado.

A más de la reprimenda que me dan por haberme movido —aunque colaboro al máximo y me mantengo estática, incluso para evitar que la aguja vuelva a infiltrarse—, mi pie izquierdo pasa largo tiempo en una postura incómoda que provoca una desviación y redundante en una parálisis del nervio tibial anterior, que en la actualidad me impide una marcha normal.

Creo que en cuidados intensivos llego a enloquecer. Paso semanas sin dormir, implorando que amanezca para escuchar un mejor pronóstico; pero, con los ansiolíticos e hipnóticos que me administran sin compasión, mi salud se complica y mi estadía también, además de la medicación oral que ordena la psiquiatra.

Ella, con su nariz filuda y su voz postiza y almibarada, me interroga en una larga anamnesis que parece liberadora. Mi tarea mental, dice, es perdonar a mis padres por los traumas de la infancia. Como esto me causa un patatús interior, decide aumentar la dosis del fármaco: mejor mantener a la paciente dormida, antes que molesta y por demás quejumbrosa.

Así crece la fama de doña Ruth, como me llaman: que soy complicada, que a ratos quiero bajarme de la cama, que no quiero dormir, que tengo obsesión por el agua. Cada auxiliar con su propia versión, con su mirada oblicua, labios apretados, ojos incisivos y amenazantes, llenando el reporte de quejas y argumentos contra mí.

De pronto escucho los pasos que se acercan con la inyección para forzar el sueño. Estoy con los ojos abiertos, sudando ideas a mil revoluciones, entre escenas

y distancias siderales. Me separa del mundo el silencio y me rodean rostros pétreos, afásicos, congelados. A veces mis ojos se agrandan como ventanas redondas, atrapando los alrededores, zambulléndose en la nada, en el nadie, con el temor pesado de dormir así: inerte, con el cuerpo flotando sobre el lomo dorado del viento, deshaciéndose en el aire para nunca despertar.

La gente padece más de lo que creemos, la vida simplemente es más pequeña que nuestros sueños. El susurro de las palabras y las frases no dichas enlazan el trayecto hacia la muerte, mientras el fentanilo me invita a un desvarío incontenible y vertiginoso.

¡Qué pesados son estos espacios! Pero, en medio de todo, el sueño recurrente con mis padres y el Oso esperándome serenos me acompaña. Siento mi ropa clavada en la tierra: los ojos tristes y desesperados de mi hijo Joaquín y el dolor profundo de mi hija Virginia no me liberan, me atan para no volar y regresar.

Otros días transcurren en absoluto silencio. No quiero que alguna auxiliar menuda encuentre un nuevo error en mi comportamiento y lo transmita como motivo de disgusto. Mi cuerpo está magullado, debilitado; mis músculos son colgajos adoloridos, mis huesos duelen, mi piel se agrieta. Cada movimiento cuesta sudor y lágrimas. Paso las horas haciendo malabares para no precipitarme al vacío, para no resbalar por la cuerda invisible que une la vida y la muerte. A veces abro los ojos y me encuentro con los de Joaquín: razón suficiente para no soltar las amarras, para aferrarme a

la vida, para prolongar la historia y sumergirme en la ola que me devuelva a abrazar a mis hijos.

Valoro como nunca la importancia de escuchar al enfermo y sus lamentos. Toda palabra que se le dirige activa un poder sanador; al oírlas disminuyen pensamientos deformados y los miedos de las noches, así como las pesadillas que se transforman en fobias que inmovilizan los sentidos.

A veces amanezco medio delirante, una fuga de ideas se desliza como en resbaladera y me lleva hasta el abismo. Luego subo una cumbre, hacia la luz, para nuevamente sentir el vértigo y caer al vacío, chapoteando ruidosamente para incorporarme sin ahogarme. ¿Será porque estoy demasiado estropeada y algo enloquecida? Mis hijos se ríen cuando hablo porque me salen palabras duras, fuertes y groseras, pero ellos, generosos, las olvidan, me disculpan. ¡Cuánto los amo, Dios mío!

Vuelvo con mi desgastada fuerza y gestiono a tientas, otra vez, la vida, entrelazada con las manos de un ser que consuela mi corazón agujereado. Los humanos somos raros, indefinidos, queremos darle un sentido a todo, pero morimos solos, envueltos en la pena y hermanados, en su momento, con los que ya no están. Atravesamos los riscos de un territorio desconocido, donde miramos pisadas que solo reconocemos quienes hemos andado por estos senderos, por estos caminos que dejan huella hacia la eternidad.

Pronuncio con frecuencia el nombre de mi padre.

¿Será la fuerte conexión infantil que tuve con él? Yo, su primera hija mujer, su consentida, nunca me reprochaba nada, mientras mi afanosa madre se encargaba de equilibrar los mimos y los cuidados que nos prodigaba a todos. Recuerdo cómo ahorrraba para los catorce helados extra de los domingos y guardaba un poco más para comprar, con descuento, los libros de Anatomía que mi hermano Hernán y yo necesitábamos para ser médicos.

La leche llegaba cada día en una vieja cantarilla, cargada por un burro, desde una propiedad a la bajada del cementerio en Monay. La nata espesa con pan blanco del horno de Todos Santos era nuestra golosina mañanera. Así era la vida en casa. El amor de mi padre desbordaba mis solicitudes; por eso lo nombro tanto, porque fortaleció mi identidad y mi seguridad, y porque, incluso en un régimen patriarcal poco afectuoso, su cariño fue especial.

En estos espacios para la contemplación y para la memoria desarmo mi vida en fragmentos: la infancia con tantos recuerdos, mis padres que pasaron la barrera de la muerte, gente cercana que se fue, unos en corta edad, como mi Oso, y otros en el ocaso de su vida.

Somos instantes, el resto es la nada, trozos sueltos de la conciencia, temperatura emocional que se deshace en suspiros.

Todavía hay un lugar en el mundo terrenal para mí. Me veo con otros pacientes, más jóvenes, en otra sala.

Entiendo que se puede renacer dos veces, o muchas, después de despellejarse el alma. En un crucigrama de latidos que rellenan mi ahuecado corazón, que se expande en las noches de luna en forma de candil encendido, me abrazo y me refugio en la piel del ser amado.

Cómo te invaden las penas, los quererres, los amores correspondidos, las bondades de la gente y el universo, cuando estás enfermo. Todavía me sobrecoge el dolor de los demás. Me hace grande amar a alguien y tener por quién hermoear la vida. Son sentimientos que siempre me acompañan, como un desfiladero de palabras diluidas en el tiempo y la memoria.

Por momentos invoco a todas las vírgenes, incluso a santo Tomás Moro, por un favor especial: que desaparezca el dolor en las paredes de mi cráneo para poder seguir alimentando mi cuerpo, mejorando, agradeciendo, callando.

Hay muertes que no se mitigan jamás, sé bien de eso. Después de la mía, cuando se abran cajones y más cajones, muchas cosas irán al reciclaje. ¡Tantos papeles! Importantes tan solo para aquel que ya no

está. Desaparecerán fragmentos sueltos de escritos desordenados y diversas anotaciones de la Magui, con sus mil aristas, mil tonterías, mil historietas de seres desconocidos.

Espanto las palabras que escucho de cierto personal, porque te chicotean en llaga viva. Tal vez desaparezcan con el tiempo, pero qué difícil es vivir luego de haber sobrevivido. Antes, imaginaba siempre compañeros robustos, compasivos, pero su accionar al parecer es obtuso. Me estoy muriendo viendo tanta muerte. Sin embargo, la muerte se disipa cuando le hablo de mi regreso a la tierra.

Escucho a alguien suplicar que no le manden a su casa, afuera no tiene a nadie, no hay quien le dé comer, nadie pregunta por él, está desamparado y su esposa se ha perdido. ¡Qué cosas tiene la vida! Yo deseando tanto volver a casa... Desiertos emocionales tan presentes y tan diferentes.

Las historias de supervivencia que se viven en la UCI nos conducen del trauma al triunfo. Son momentos insospechados que uno atraviesa, en los que se baila en el infierno. Intenté salir intacta y sin sollamarme. Son horas prolongadas de desnudez en las que hasta los huesos pesan y que, envueltos en carnes flácidas y adoloridas, bailan un vals en sílabas, en verso, en estrofas, en poemas... Traté de mantener mis brazos entrelazados con las manos de mis hijos, de mis nietos, de mis nietas, unidos en mis recuerdos, con el sonido de mi nombre pronunciado por labios que, con dulzura, resuenan allá, en la estancia de los sueños.

Me asalta la idea de mi entierro. ¿Habrán pensado en eso cuando los médicos, con mal pronóstico, veían este infarto? ¿En qué recodo del camino dejarían mis cenizas? Cuerpo purificado con el fuego, antorcha que Proteo robó a los dioses del Olimpo para encenderla. ¿En qué cresta de la ola las arrojarían? Nadie me contesta sobre el sitio de mi sepultura, el sitio del recuerdo que desafía al olvido de los tiempos y a la memoria desaparecida en la eternidad y sin resurrección.



Pasaron ya treinta días de cuidados, de seguimiento y de opiniones médicas. El conflicto afuera sigue siendo serio, lágrimas y aflicción. Siento que el dolor no disminuye por un posible evento fatal, mientras me entristezco por dentro porque duele tanto la vida y porque en cada despedida uno se hace añicos.

Hoy amanecí con un sabor de hojalata en mi garganta y mi lengua acartonada y pegajosa. Sigue costándome mucho deglutir. Hambrienta de líquidos, no los puedo ingerir; tampoco el pan mestizo ni el huevo duro que forman la ración diaria de mi alimentación. La piel de mis labios me corta como una navaja, me pincha, me pica. Estoy mareada y sedienta. No sé si es uno de aquellos delirios que atravieso, pero alguien se aproxima con gazas humedecidas. Veo bondad en sus ojos y siento cómo la humedad toca mis labios sangrantes, es un elixir de los dioses sobre las costras despellejadas.

Alguien llora afuera, alguien pide auxilio a lo lejos. Es un lenguaje gutural que explota desde las entrañas, el idioma universal con el que el dolor aúlla, los ruidos comunes para los ocupados facultativos de este campo minado que es la UCI.

Hoy intento soñar con paisajes de verdor: riachuelos, pajaritos chapoteando en la superficie del arroyo, mis manos enlodadas sembrando amaneceres, amasando la tierra húmeda a la que pertenezco, escuchando el silbido variopinto de las aves que llegan al jardín de mi Oso. Permanezco inmóvil: si la aguja se infiltra en mi pie izquierdo —el que me queda con algo de vertiente—, no habrá otro camino para vehiculizar los remedios.

Cada día en mi cerebro retumba un eco, como desde el fondo de una cueva, preguntándome: ¿moriré o viviré? Mi vida y la de todos es un misterio. Crecí segura con el cariño de mi padre, universos de luz me acompañan con su presencia. Pero tengo sueños entremezclados en la memoria de los días. Sin dudarlos, con el tiempo desaparecerán y en ese espacio verde que habitaba por momentos, habré visto cosas irreales que llegan al límite de las reservas de mi pensamiento.

He perdido la noción del tiempo y del espacio, las lámparas siguen inundando la luz de mis ojos. ¿Hace calor afuera? ¿Hay sol? No sé, solo me acompaña con fidelidad el chirrido de las máquinas, su ronroneo repetitivo que inunda mi corazón debilitado. Esto no es el camino al cielo, es un chillido sin voz en los acantilados del alma.

Hoy un compañero emprendió el vuelo. Yo, parada todavía en el bosque, amanecí añorando un chocolate, cosa proscrita para mí desde hace algunos años.

Ya no sé qué me duele y qué no, a ratos quiero correr, pero mis músculos no me obedecen en absoluto, ni siquiera con el bastón. Me he acostumbrado a la

mirada peligrosa del personal, siento y me da miedo su proximidad, su voz áspera, determinante. Sigo sin dormir aunque los tranquilizantes invaden mi cuerpo.

Mis manos tiemblan; alzo los brazos para no perder la posibilidad de volver a abrazar a mi gente.

La hipersensibilidad me invade en todo momento. Cierro los ojos y logro espantar a la muerte en medio del insomnio, entre esa mezcla del fuego arrasador y las sombras que, como arrebatos, dan forma a todo lo informe.



Con las fuerzas disminuidas, hoy vuelvo a casa. Estoy con el alta, ya no me pasan visita, nadie me mira, no existen los afectos. Pase lo que pase, quiero salir de este lugar para descubrir, en el campo, la eternidad.

Una desea morir bien, sin ataduras, sin sondas y no trincada en una cama de hospital sintiendo frío, mucho frío.

Mi vecino aún se queda. Me mira de reojo, se esconde de la muerte, balbucea palabras como raspando sus cuerdas vocales. Es fuerte como un rinoceronte y parece que la salud volverá a cobijar sus días. Ya no lloro, se secaron mis lágrimas, el sabor de la pena no me gusta, degluto un metal frío en mi garganta.

Regreso desde una estancia con muchas nebulosas y universos. Me esfuerzo calladamente para estar de buen talante y recibir todo el calor y el cariño de mis hermanos, que se afanaron para mi recuperación. No olvidaré jamás los ajetreos de Santiago, el último de mis hermanos, preparando su dormitorio —reubicando lámparas, muebles— para que estuviera cómoda. Mi madre, añosa de cuarenta y tres años, dio a luz a su último vástago, era mi muñeco favorito; de ahí la relación estrecha y los afectos que nos tenemos. La

cama tiene un montón de almohadas, almohadones y cobijas, creo que hasta siete, y los bancos y taburetes que mi hermano Napo acomoda incansablemente para que mis pies no cuelguen. Tengo mucho que agradecer.

Pocos días después regreso a vivir en el campo, cerca de mis bonsáis –empequeñecidos, verdes y frondosos árboles– con mi corazón galopando para no detenerse, después de tantas noches trasnochadas de esperanza. Vuelvo a casa para cuidar mis plantas, acariciar a mis perros, disfrutar de los contornos de la vida, de la llovizna que me moja, del sol que me calienta y, ahora, del frío de las mañanas, de mi poncho multicolor, ese que pasaba en la petaca sin que le tomara en cuenta y que ahora acaricio sobre mi cuerpo.

Llego a Gualaceo y me reincorporo a la vida. Camino despacio, miro la luna adelgazada y el sol disminuido después de tanta luz. El fentanilo desata el miedo como una pesadilla lúcida que lucha contra los monstruos de dientes afilados y contra la muerte.

Estoy en mi casita, hay verdor, hay flores de colores. Mi preciosa hija se esmera en todos los detalles, me acompaña a las citas con varios terapeutas que me ayudan en mi recuperación; va y viene en buseta desde la Costa, donde le gustó vivir, para estar conmigo. Recorro a todos los dioses y diosas para que bendigan sus pasos.

Por las mañanas, mientras muerdo las frutas en un desayuno compartido con el humo ceniciento que llega de los fogones campesinos de mis vecinos, me imagino perdida en los bosques o caminando largo por la playa,

deteniéndome en los acantilados. Solo deseo volver a vivir otra vez, gozar del banquete de la vida después de ser una náufraga en busca de aguas mansas.



Los cambios se producen de manera sorprendentemente lenta, pero voy a continuar. Creo que la curación no tiene que ver con la recuperación, sino con el descubrimiento. El no hablar acrecentó mi capacidad contemplativa.

Entro a la cocina, donde paso buena parte de mi tiempo. Veo la vajilla en su puesto, las ollas y sartenes limpios, así como el tiempo detenido en ellos. No hay comensales, los mejores platos no tienen sentido si no hay con quien compartirlos. ¡Todo queda en segundo plano!

La memoria es un vasto jardín que se hace presente en recuerdos imborrables. Volveré a leer porque nos devuelve a la condición de nómadas que, con el paso de los siglos, no deja rastro alguno del tránsito de los seres en la vida. Repaso las tantas horas de pensamientos reunidos con los años, aunque sé que al final la única historia que permanece son los duelos perdidos que cargamos en el alma como aperitivos de la muerte.

Sé que tengo mal las válvulas del corazón. Azúcar y grasas altas, patología de origen familiar que amenaza el corto tiempo de la vida. Tengo el estómago encogido, cada mañana aún bebo mis propias lágrimas, pero ahora escribo para agradecer, para combatir el tedio.

Sé que estoy notoriamente enflaquecida, los zapatos me quedan flojos y las medias también.

Trato de dormir, aprieto el pecho con mis manos, aprieto mi corazón de alcachofa podando un tsunami de sentimientos alborotados. Tantas vidas distintas se cruzan en mi camino; mi sonrisa se petrifica, suavizándose poco a poco con la risa de mis nietos, que escucho a lo lejos como un diapasón que me seduce y me llama.

Ahora junto las palabras y escribo estas experiencias, navegando de vuelta desde ese mar profundo que es el viaje hacia la muerte, el cual inicia en el momento menos esperado, cuando uno está desprevenido. Entonces, el espanto te envuelve y te sientes atrapada en ese agujero sin nombre, sin querer morir.

Mi mundo interior cambió ciento ochenta grados, mi cuerpo se desliza en soledades, desgajándose lentamente hasta que me llegue la hora. Me devora el silencio y el enorme peso de tantas piedras que cargo, con la duda corrosiva rondando en la cabeza y un abundante océano de palabras. Hasta que me quedo en blanco y mi mente emprende otra vez el silencio, la retirada de esta estructura alborotada, mal cableada de mi cerebro. Entonces escribo.

He perdido el habla. Tengo una tos dolorosa y dificultad para tragar; estoy en proceso de anemia y desnutrición. Si no tengo el don de la palabra y el Fausto está sordo —hace tiempo ya—, las cosas y la convivencia se vuelven interesantes. ¿Cómo navegar en las tinieblas? ¿Cómo me invento un lenguaje

para comunicarme con él? Es entonces cuando viajo mar adentro, atravieso arrecifes llenos de tiburones escapando de sus mordiscos y de las profundidades del mar para volver a sonreír.

La melancolía del tiempo fugitivo es cada vez más aguda. Las palabras y los “te quiero” se quedan suspendidos en medio del caos, mientras el cuerpo adolorido adquiere serenidad luego de estar descosido, hecho hilachos, habitando entre escombros.

Vuelvo a mis adentros, corazón traicionero que te cansaste de latir y aún te tengo atrapado en mi pecho. Zurciré las hilachas para que torbellinos de hemoglobina dilaten mis amaneceres, desbordando las orillas de mis noches, aunque la muerte siga bailando con nosotros; catrinas hermosas con flores adornadas, ahuyentando de mis pesadillas esa llama para que flamee en forma de retorno, de retama, reinventando la vida en la desnudez redonda del abrazo.

Ahora tengo el oxígeno para vivir, para soñar y reconciliarme con la vida después de morir tanta muerte, sabiendo que la vida se acaba todos los días, regreso para seguir viviendo otras historias.



*“Haciéndome cargo de la vida  
Haciéndome cargo de la muerte”*

Una vida se transforma en instantes, se empequeñece ante tantos sueños. Es tan arbitraria que cualquier reto puede matarnos, borrarlos del planeta, así como esos dibujos que garabateamos en la arena y que desaparecen con la espuma que dejan las olas.

Luego de un tiempo de permanecer cercada por la muerte, secuestrada por los delirios, inundada de medicamentos, despierto adormecida. ¡Qué salvaje es el regocijo de vivir de nuevo!

Quiero completar el tiempo que me queda leyendo: es el mejor antídoto para el dolor. En las letras busco cariño y un poco de entendimiento, quizá un poco de plenitud en otras existencias, en aquellas que ya no están. Garganta adentro bebo lágrimas redondas, las degluto suave para no disolverme, para no andar rápido, para que llenen mi cabeza en puñados de palabras, en racimos de recuerdos. Parece que así el camino de la muerte le da sabor a la vida, al espejismo,

al pellizco fugaz del vivir, a los cadáveres de tantas esperanzas camufladas en chispazos de alegría.

Escribo para resistir, para hurgar qué hay detrás de lo visible, para que mi corazón siga latiendo, puliéndose con la sencillez de las formas, para relatar el estallido espiritual que aparece luego de estar lastrada por la mordedura del tiempo y los borboteos de la muerte, figura invisible, presencia no negociable.

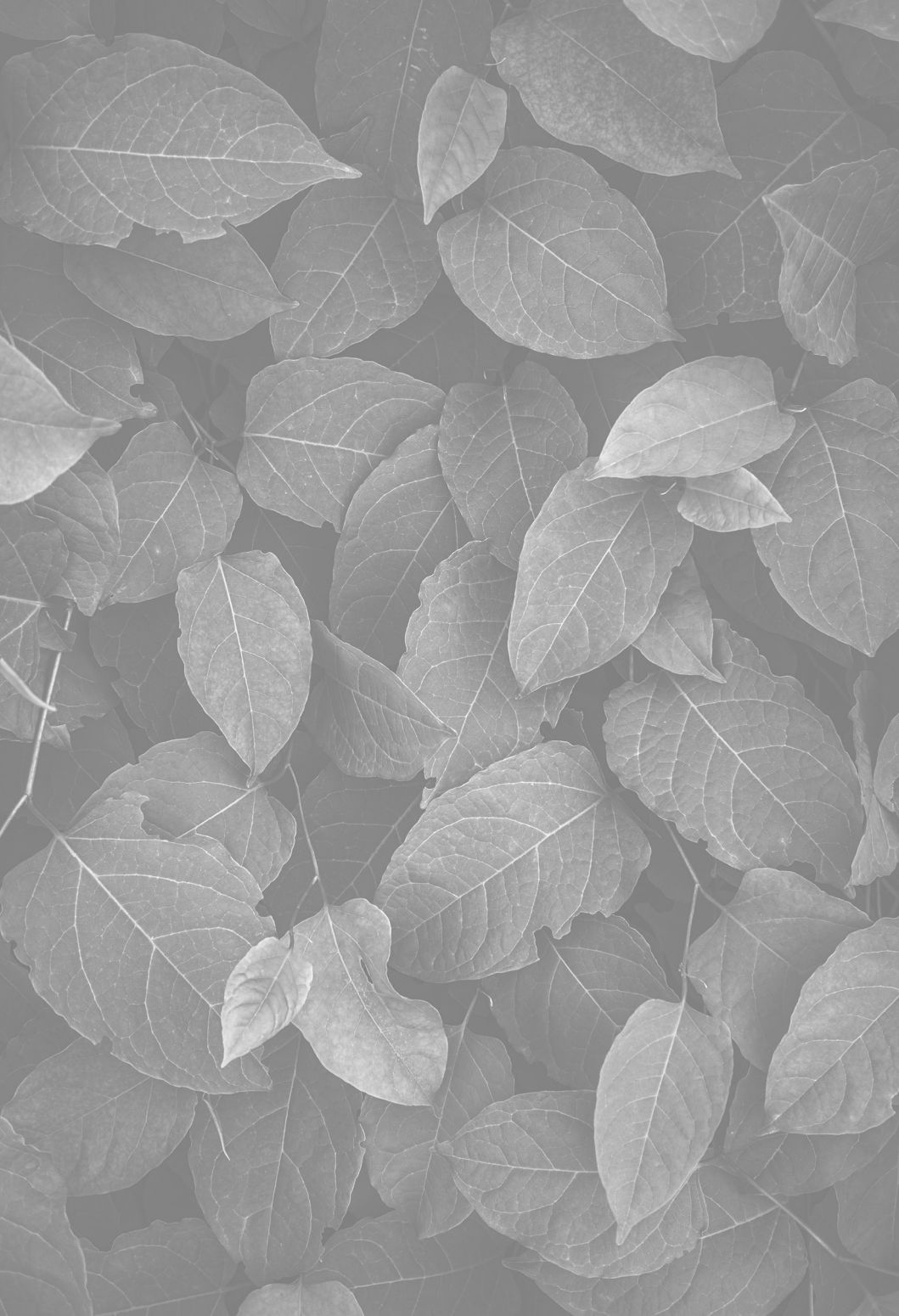
Con el corazón encogido caminaré con la mirada más firme y los pasos más luminosos.

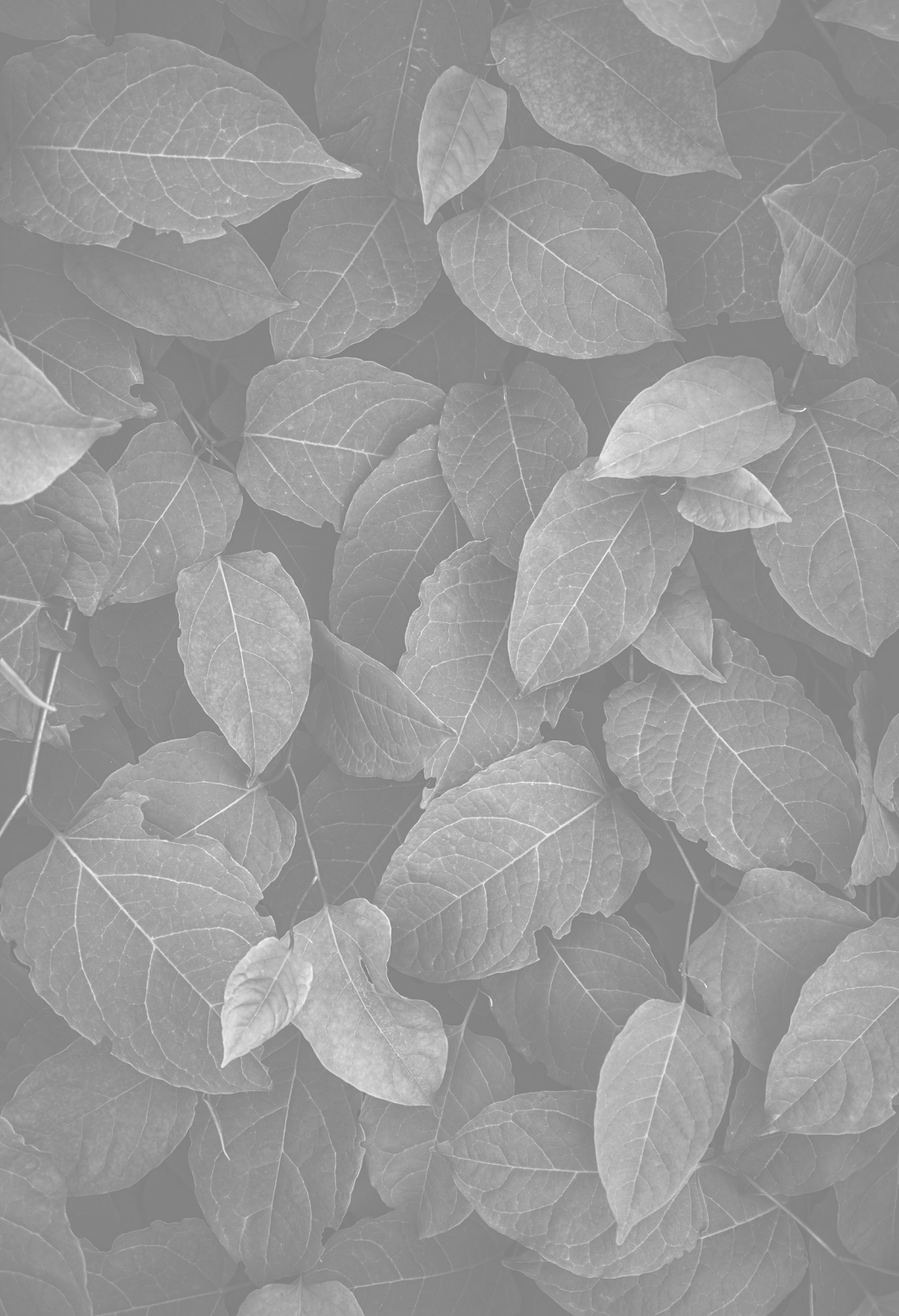
Aunque no entran en escena, porque no es la historia de mi vida —¿qué a cuántos importa?, sino de lo que he sido testigo y que pueda importar a más—, la llegada de los hijos, uno tras otro, como un racimo de uvas frescas y amadas: María Verónica, Juan Sebastián, Bernardita y Paulinita.





Este libro se terminó de imprimir y encuadernar  
en marzo de 2026 en el PrintLab de la Universidad del Azuay,  
en Cuenca del Ecuador





Apasionada por los libros y la lectura, su primera experiencia editorial, *Elegías para el Oso*, la acerca a la escritura y al mundo de las letras como un ejercicio vital para transmutar la vida y la muerte en fuentes de aprendizaje e inspiración, constituyéndose en el *leitmotiv* de su creación literaria.

En *El jardín interior*, su segunda publicación, indaga en los recuerdos y vivencias familiares, entregándonos un relato fluido y singular sobre la vida y la magia que envuelven la historia de una familia numerosa, marcada por las enseñanzas de honestidad, honradez, solidaridad y humildad transmitidas por sus progenitores.

*De santos, vírgenes y demonios: Historias de pacientes* es el tercer ensayo que publica Magdalena Abad, en el que describe su experiencia humana y su cercanía con el dolor, la vida y la muerte de quienes le confiaron sus padecimientos físicos y emocionales. Estas vivencias dejaron en su memoria enseñanzas imborrables que nutrieron la nobleza, generosidad y entrega con las que ejerció su juramento hipocrático.



UNIVERSIDAD  
DEL AZUAY

Casa  
Editora

*Latidos en la Hojarasca* es un canto a la vida que nos invita a transitar por el misterioso corredor de la muerte, entre las luces y sombras de la memoria y los recuerdos, hasta sumergirnos en estados contemplativos que nos conducen a cuestionar el sentido del ser y su permanencia en el tiempo y el espacio.

Esta obra es un relato íntimo e inspirador que nos interpela, nos refleja y nos lleva a los umbrales de la existencia para invitarnos a caminar más libres y livianos.

ISBN: 978-9942-54-051-5



9 789942 540515